

alineacion y las espaciosas calles modernas. En una de las principales plazas se alza una iglesia, de elegante dibujo, aunque construida con materiales ligeros. En un ancho espacio, que es mas bien un lugar de feria, en el centro de la ciudad, hay una bulliciosa confusion de mercaderes y compradores, y allí se ven todos los pueblos de la creacion, se oyen todas las lenguas y se juzga uno trasladado á la torre de Babel. Griegos, tátaros, armenios, rusos, circulan incesantemente entre mercancías y ganados, buscando paso por medio de los fogosos droschkis de los rusos, y de los calmosos madgiars de los tátaros, arrastrados por dos enormes dromedarios con aire impasible y doble joroba. Esta ciudad es por su posicion el centro de la actividad general. Hay en ella muchas casas nuevas, un pozo artesiano que promete agua en abundancia, y algunas posadas recientes, que hacen cómoda la permanencia del viajero. Es cierto que hasta ahora los fondistas, confiados en la costumbre que las personas acomodadas de Rusia tienen de llevar sus camas, no han hecho ningun esfuerzo para procurárselas al viajero mas cómodas que esos tristes canapés henchidos apenas de heno, yáciga comun á los viandantes de todo pelaje, á quienes disponen igualmente para el sueño, las fatigas del viaje, y la ma-

gra cena; mas es de creer que dentro de algunos años las camas penetrarán en esas posadas, puesto que hemos visto hacer adelantos algo mas difíciles que esto.

A media noche saliamos de Sympheropol, cuyo gobernador nos dejó el carruaje en el cual corriamos por el páramo. No tardamos en pasar por Kara-Su-Bazar, grande ciudad tábara, á la cual la noche arrebatava todo su carácter: luego, corriendo siempre por el páramo llegamos al límite oriental de la Crimea, y á Kaffa, la ciudad de los genoveses y de los tábaros, que conserva algunos vestigios musulmanes en medio de su fisonomía italiana, vivo recuerdo de la ciudad de Bolonia. Los rayos del sol naciénte la presentaban agrupada en su antiguo recinto de murallas y de torres, arruinados indicios de un poder por largo tiempo floreciente. Su puerto, que á veces conserva el antiguo nombre de Theodosia, rico en otros tiempos y poblado, no ve ahora sino algunos buques menores cargados de cereales del páramo, que está inculto, y sin embargo, nadie creeria hasta qué punto es fértil.

El movimiento, que en otros dias se notaba en Kaffa, se ha trasladado hoy mas al Este, á la rada de Kertch, adonde atrae grande concurso de buques la favorable posicion del estrecho que une el

mar de Azoff al Negro. La ciudad de Theodosia tiene fama de ser muy agradable: la mayor parte de sus pobladores son griegos, pero los negocios mercantiles han llevado siempre á ella crecido número de extranjeros. Cuenta muchos armenios y judíos karaims, los tátaros de la Crimea ocupan sus arrabales, y los nogais, tátaros también y de fisonomía chinesca, entran y salen de ella continuamente con sus pesadas carretas. Recorrimos un rato las plazas, las empedradas calles y los mezquinos paseos de Theodosia: y como el *Pedro el Grande* cumpliendo su palabra habia dejado mi carruaje en un puerto mas cómodo, me puse de nuevo en camino con el conde Galateri, compañero mio en los buenos y malos dias, con quien compartimos ahora las dulzuras de un excelente coche, cual habiamos compartido en el dia anterior los muchísimos vaivenes de los telegos.

Con una velocidad inesplicable llegamos á Arabat marchando en línea recta de Sur á Norte. En cuatro horas atravesamos ese espacio, y como se da la espalda á las montañas no se presenta á la vista otro horizonte que el de la llanura, tan plana como el mar que la termina. Este desierto, sin embargo, no lo es tanto que no se encuentren con frecuencia caravanas de carros que conducen á Kaffa

ó á Kerthc la sal recógida en las playas de la mar pútrida no lejos de la ciudad de Perecop. Algunas veces se descubre á un tátaros acurrucado al abrigo de sus dromedarios, saboreando las delicias de la pipa y de la sombra, si tal puede llamarse ese calor que calcina la tierra. En esas soledades el camino es incierto y se deja á la voluntad del conductor, más todavía que en otros lugares que hemos recorrido: los tátaros, no obstante, van por un instinto singular en línea recta, y se asegura que cuando en la mitad del invierno ese páramo es una alfombra de nieve, se encuentran en ella como en un camino trillado.

Dase el nombre de Arabat á una fortaleza defendida aún por un buen revestimiento y un foso, mas cuyo interior está arruinado, y á un pueblo de diez casas puestas cara á cara en forma de calle, en un espacio que en la Europa central bastaria para una ciudad de doce mil habitantes. El fuerte está colocado encima de la arena entre el mar de Azoff y el mar pútrido ó Sivach, que también se llama así esa grande laguna que con justo título lleva tan peregrino nombre. Desde el mismo pié de las murallas de Arabat parte una especie de dique natural que se dirige en línea recta al Norte entre las olas, bulliciosas por un lado, calladas y lívidas por

el otro, y que arrojan un hedor horriblemente fétido. Esa estrecha calzada, á que se da el nombre de flecha de Arabat, está interrumpida hácia su estremidad septentrional, y deja comunicar los dos mares por un canal de unos cien metros, y que lleva el presuntuoso nombre de estrecho. En ese istmo hay varias casas de postas, merced á las cuales se viaja con una celeridad espantosa. En la segunda parada, no obstante, nos vimos en apuros para sacar caballos, porque el maestro de postas, borracho como un tonel, no queria absolutamente facilitarlos, y como le echáramos en cara con alguna dureza su intemperancia, nos dijo que el fastidio y la tristeza de vivir allí eran la causa de que se hallase en tal estado. A motivo tan justo no habia contestacion, y resolvimos tener paciencia para dar ejemplo á ese triste fastidiado.

Era la media noche cuando desembarcábamos en Yenitchi, al otro lado del estrecho en la tierra firme, en donde nuestro viaje habia de dirigirse hácia el Oriente, siguiendo de lejos la costa del mar de Azoff. Continuaba, por lo tanto, esa interminable llanura, ese horizonte tan triste y plano que se pierde en la lejanía; y ¡cuán feliz es uno si en medio de ese silencio encuentra casualmente un hombre!

Quando nace el sol en medio de vapores húme-

dos y sube lentamente sobre la llanura, no es cosa rara ver el falaz fenómeno del mirage que dibuja lagos, rios y prados en el lecho de los vapores matutinos, trasforma el mas delgado tallo en árbol majestuoso, convierte un hombre en una torre y un carro en gigantesco palacio. Esas ilusiones que parecen un sueño, nos ocupaban por la mañana; y por la tarde buscábamos en el ardiente brasero de las nubes de Occidente rocas negras, picos amenazadores, y volcanes vomitando torrentes de lava. El dia en su totalidad pasaba con lentitud, á pesar del movimiento y del espacio que surcaban nuestras ruedas. Las casas de posta eran las únicas que nos proporcionaban algun contacto con criaturas vivientes: y ¡qué de miserias no hallábamos en esos desiertos, y en esas chozas, en los cuales el dolor es mas fuerte, y adonde no pueden llegar los auxilios del arte! Esos hombres, víctimas de enfermedades crueles, aguardan sin remedio, y lo que es peor, sin esperanza, el término, que no saben cuál ha de ser, de sus sufrimientos: ¡tristes ejemplos de la resignacion y de la paciencia humanas! Un pobre viejo enfermo hácia quien manifestamos alguna lástima, nos decia con la mas sencilla y natural humildad, que el labrador no está en este mundo para disfrutar placeres. Si hay alguna tierra á propósito

para ejercitar la conformidad, debe ser esa por excelencia. Esa primera jornada no pasó sin ofrecer una aventura. En uno de los paradores, toda la casa de postas estaba en desórden, todos los habitantes azorados mostraron la mayor angustia y corrían á todos lados como personas muy apuradas. Nuestra llegada conmovió á todos los presentes, que nos preguntaron á un tiempo si por algun medio podíamos volver á la vida á una mujer que estaba espirando. El caso era grave. Introducidos en la casa comprendí desde luego que la moribunda, que era el ama, conservaba sus fuerzas vitales en grado eminente, y que si algun peligro corría, su mal era hijo de un hartazgo. Verdaderamente se ahogaba, y no podía salvarla sino una inspiracion súbita, y en aquel momento me auxilió la inspiracion médica. Tenia en el coche una preparacion de Sedlitz, que produce siempre excelentes resultados, y de ella administré á la enferma una grande dosis, no sin inquietud terrible, á pesar de la inocencia del medicamento. El hecho fué, que al cabo de un rato de espera el remedio hizo su efecto, y aquella bienhechora pócima alivió el estómago repleto, y salimos de la casa llevando las bendiciones de todos. No creo que hubiese obrado mejor el mas afamado médico.

Atravesado el Tokmak, riachuelo que desemboca en el lago Molotchnoié, llegamos muy luego al territorio de Nogaisk. En las dilatadas llanuras en que comenzábamos á encontrar algunas señales de cultivo, observamos por nosotros mismos el devastador fenómeno (azote del Egipto), de las nubes de langostas, de que nos hablaron en Valaquia, pero que no habíamos visto. Es una nube viviente, pero nube que devora todo cuanto la detiene; al oirlas ramonear parecen un rebaño de cabras hambrientas; el torrente pasa devorando, y es inútil que las garzas reales, las abubillas y las aves voraces de toda especie, se lancen sobre esa presa: todos los esfuerzos no bastan á disminuir en lo mas mínimo su muchedumbre.

Nogaisk es una capital, metrópoli de una tribu extranjera, pero tribu nómada que las costumbres de ciudad no han convertido aun enteramente, lo cual se conoce al ver la estructura de esa ciudad nueva. El rastrojo y la arcilla son las principales materias empleadas en las obras, y si se demoliera la mezquita, el bazar, y algunas pobres tiendas, quedaria un pueblo miserable. La historia de esa ciudad es bastante reciente para que pueda remontarse sin esfuerzo hasta su origen.

Hacia fines del último siglo, y en la época en

que la grande emperatriz Catalina pensó poblar sus vastos Estados del Mediodía, habitaba aún en los desiertos de Astrakan una numerosa horda de tártaros, descendientes puros, á lo que se dice, de la raza que Genghis-Kan acaudillaba. El gobierno, por medio de ventajosas concesiones los atrajo á las tierras que hoy ocupan, en las cuales se establecieron luego en número de mas de treinta mil, pero con frecuencia volvía á despertarse su instinto vagabundo que causaba alguna inquietud á los vecinos; mas el frances conde de Maison acometió la empresa de civilizarlos convirtiéndolos en agricultores, y su perseverancia logró reunirlos en colonias disciplinadas. Les enseñó á labrar esa tierra que solo pide brazos, y la tierra cultivada no fué ingrata. Al momento nació el comercio y con él una industria muy acomodada á la viajadora afición de los Nogais.

Todos los años parten despues de la cosecha numerosas caravanas que conducen hasta Kaffa y Kertch los productos de esas fecundas llanuras. Apenas se distingue á lo lejos la larga hilera de los carros cuando ya el aire trae el ingrato chirrido de sus ruedas. Esos groseros carros de madera sin un ápice de fierro son arrastrados por poderosos dromedarios de talla verdaderamente gigantesca. La pe-

sada carga que gravita sobre los ejes rara vez untados con una especie de betun, produce un roce cuyo ruido ensordece. Los buenos Nogais gustan de esa armonía, y si se les aconseja que unten los ejes, suelen contestar: "¿por qué? solo los ladrones aborrecen el ruido." La ciudad de Nogaisk se ha ido levantando en medio de esos sencillos agricultores; y aunque como ciudad no ha prosperado mucho, es, no obstante, una grande hostería para los intrépidos mercaderes armenios y karaims, á quienes se encuentra por todas partes. El respetable conde de Maison su fundador habia muerto poco tiempo antes de nuestra llegada, y vimos la casa que habitaba y los jardines que ha plantado sin hallar muchos imitadores. De todos modos los beneficios que ha hecho á ese pueblo, producirán con el tiempo su fruto. Los Nogais son activos é inteligentes; y su pasión por la vida nómada no desmiente la raza invasora que recorrió, durante muchos siglos, toda la Europa oriental, asolando cuanto hallaba al paso. El bienestar, la obediencia y el progreso de esa tribu civilizada, eran un problema de resolucion difícil, y no obstante, ha sido resuelto.

Estábamos en la tierra clásica de las colonias, porque alrededor de los Nogais han llevado su trabajo y su industria muchas poblaciones emigradas.

Una colonia de Memnonitas, salida originariamente de Prusia, habita el territorio confinante con los Nogais; más lejos, y acercándose á Mariupol, hay establecimientos alemanes que se distinguen por las tierras cultivadas, las casas bien distribuidas y las vastas pilas de granos que descuellan en forma de cimborio por entre las acacias. Es un espectáculo singular ver en las mismas llanuras á esos honrados alemanes de tez blanca, y apostura lenta y pesada, y á los Nogais de faz amarilla y chata, con anchos pómulos, y ojos largos y arremangados hacia el ángulo esterno.

Los progresos de los tátaros no pueden compararse con los resultados verdaderamente admirables de la colonización alemana, y no hablo tan solo de la abundante producción de cereales, porque esa tierra nada niega á quien le pide, sino que quiero decir que la presencia de los alemanes en ese país, ha transformado sus desiertos en un territorio en que se encuentra todo lo útil á la vida. Por desgracia falta salida á los ricos productos de excelente queso, legumbres, frutas, ganado y harina del mejor trigo. Los colonos abastecen de todo á las ciudades, ejemplo que deberían imitar nuestros labradores, harto indiferentes al bienestar material.

Todos los años se estiende y perfecciona el cultivo, se mejoran las castas de toda clase de rebaños, y el país se puebla y se hace mas fecundo. No nos cansaremos de repetirlo: la tierra produce á fuerza de brazos, haced que esté poblada y será fértil; así lo ha querido quien todo lo dispone. Los desiertos de los mas hermosos países del mundo se gastan en los desordenados productos de un inútil lujo de vegetación, en que aun dominan las plantas venenosas y dañinas; porque la mano del hombre nada ha plantado en ellos. La tierra tiene que regarse con el sudor del rostro humano.

En esos vastos páramos, que al parecer convidan á los pueblos que en otras partes no pueden ganarse la subsistencia, pensé que podría hacerse un buen uso de este espacio hoy desolado, de esta fecundidad perdida, de esta riqueza inútil é indignamente despilfarrada. ¡Cuántas naciones, me decía á mí mismo, ven cómo sus mejores instituciones vienen á ser inútiles por falta del terreno necesario! y nosotros, ¿no hemos de tributar gracias á Dios por esta grande parte que le ha dado á la Rusia, á fin de que sin confusión pueda clasificar en ella todos los elementos de orden y prosperidad futura? ¿Qué regiones puede haber mejor dispuestas para recompensar todos los esfuerzos de la civilización moder-

na? ¿en dónde es posible hallar una tierra mas fértil, un suelo mejor preparado, y mas hermosos sitios para levantar ciudades? La Rusia posee la Siberia como la Inglaterra la nueva Gales del Sud, para enviar á los hombres de carácter indomable que están en guerra abierta contra las sociedades; pero quizás está reservado á nosotros encontrar al sistema penitenciario una solucion realizable y compatible con la enmienda de los culpables. Colonias apropiadas á ese objeto filantrópico, me parecen excelentes para realizar este sistema que hace tantos años desean plantear filántropos dignos de título semejante. El admirable ensayo hecho en Holanda pocos años atras ha enseñado á la Europa el partido que de la asociacion bien dirigida puede sacarse para curar las enfermedades sociales. La prueba hecha con el pauperismo, por el excelente hombre, el general Varden-Bosch, es un magnífico ejemplo. Por medio de suscripciones, casi imperceptibles, el genio fundador del general holandés ha sabido crear un establecimiento modelo, y poco á poco numerosas colonias, en que los pobres, los vagos y los huérfanos encuentran un medio de subsistir cómodamente y ganado con su trabajo; y téngase presente que la Holanda habia de comprar sus propias tierras, al paso que la Rusia puede disponer de un

reino entero. El sistema de colonizacion, aplicado al ejército, ha producido, no lejos de esas mismas provincias, los mas felices resultados. Yo me persuadia de que el pauperismo, la mendicidad, la infancia abandonada podrian poblar esas soledades con gran provecho para la sociedad, para la moral pública y para ellos mismos. Quizás, me decia, algunos ensayos dirigidos al mejoramiento de ciertos culpables para quienes una deportacion lejana es un castigo harto severo, podrian dar buen fruto; mas todos esos sueños que aligeraban el fastidio del viaje, se desvanecian para dejar el puesto á la realidad: volvía á ver el páramo, poblado en un momento por mi imaginacion, tan completamente desierto, y del todo inculto como antes de esos sueños. Se nos presentó de pronto Mariupol.

Hay en ella un puerto en que reina grande actividad mercantil. En este punto como en toda la costa, se hacinan los granos traídos del interior y que se cargan en buques genoveses, los cuales no han olvidado ese camino, en donde su pabellon ondeó en otro tiempo con tanto orgullo. La navegacion de Italia importa á Mariupol los objetos fabricados en Chiavari, ciudad pequeña muy industriosa, cercana al Apenino, y tan famosa por sus ligeras sillas: tambien trae los frutos coloniales que